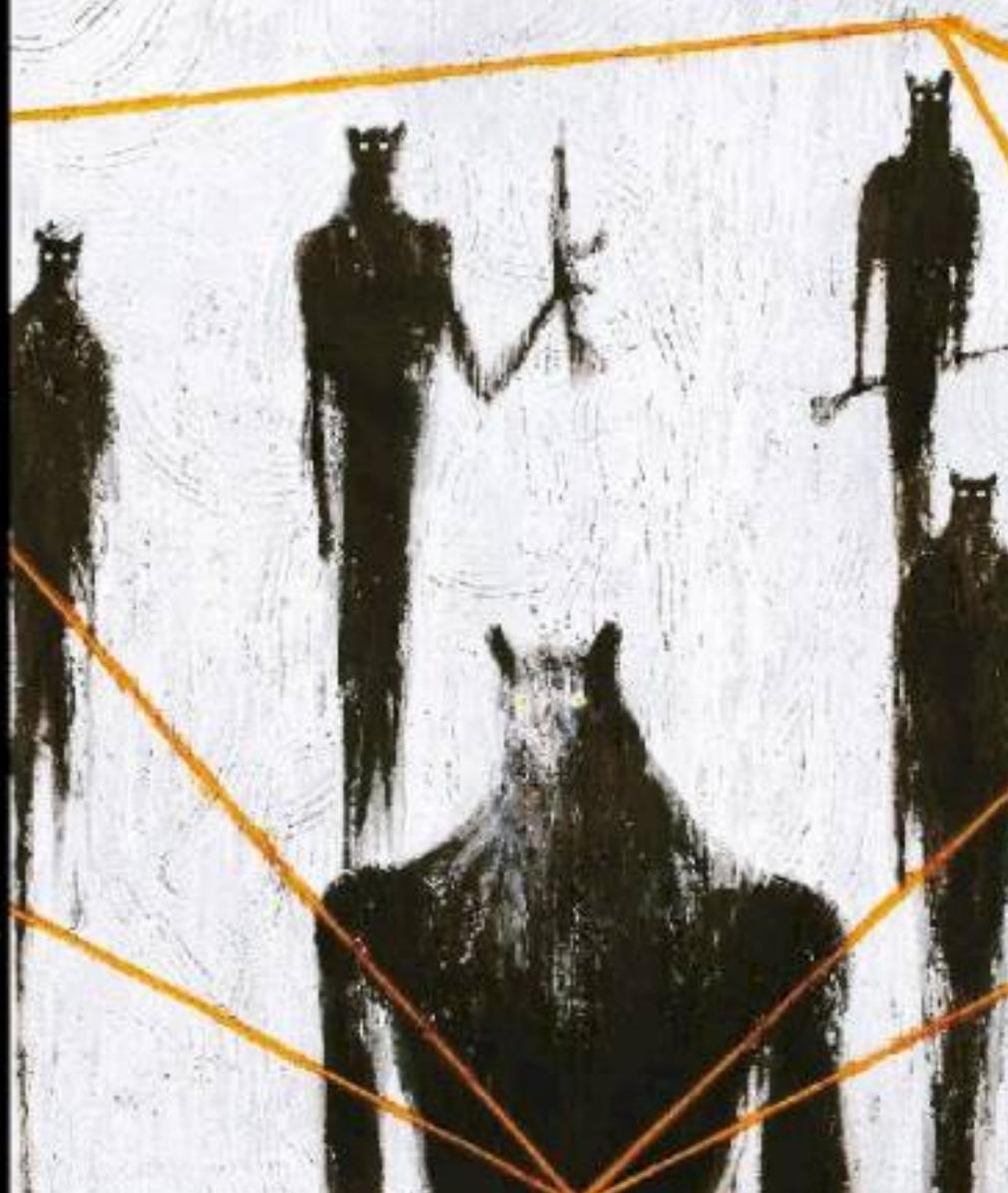


Wendy Guerra

El mercenario que
coleccionaba obras de arte



Wendy Guerra

El mercenario que
coleccionaba obras de arte

ALEAGUARA



SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Pepe Horta
A la Brujita

*En muchos casos el héroe no es otra cosa
que una variedad del asesino.*

VÍCTOR HUGO

Nunca antes la sangre ajena me pareció tan mía. La vi rodar sobre mis piernas, bajar desde mi sexo hasta la desembocadura de la bañera, escurrirse en espiral dejando un halo amenazante sobre mis dedos. Un ligero olor a paloma muerta, a río revuelto, a flores corruptas y hierro oxidado después de la tormenta me regresó el perfume de mi madre.

Nunca antes, nunca después, me unté de sangre con tanto placer. Sin defensa, sin protecciones, sin recelos. Seguí su recorrido por mi cuerpo coloreando las rutas que había logrado enterrar desde hacía tiempo y que ahora entintaba mis venas, untaba mi pelo, me travestía en un ser tan ajeno como entrañable.

Salí mojado, tiritando, buscando algo que pudiera calmarme el frío. Alcancé mi bata y, mientras me abrigaba, la vi rendida sobre un pozo común. De su sexo manaba mi semen, y con él toda la sangre que este mes escapaba inservible limpiando su vientre. Delineaba una perfecta mancha de Rothko sobre las sábanas blancas.

Su respiración marcaba la arritmia de un corazón trastornado y una cabeza díscola. La nieve caía sin prisa sobre el número 7 de la Rue de l'Hôtel Colbert.

Me desnudé y volví a la cama mientras pensaba en llamar por teléfono al escolta que esperaba afuera para autorizarlo a dormir, pero al encajar mi pierna entre sus muslos sentí cómo su sangre regresaba a mi cuerpo diluida en la blancura de mi leche. Entonces lo entendí: hay vínculos que son para siempre.

Diario de campaña número 1 MIAMI, FLORIDA. ESTADOS UNIDOS 1961-1969

Yo no deseaba emigrar, pero mi madre supo, desde el fusilamiento de mi padre, que, en adelante, continuar en la isla sería nocivo para la familia. Si no se iba, le harían la vida imposible. Abrumada por los acontecimientos y consciente de las amenazas que acechaban, optó por emigrar. Con la cabeza en alto, Alicia Sáenz Falcón, vestida de luto, se presentó en el departamento correspondiente y exigió un permiso para desplazarse con sus hijos al extranjero. El mismísimo Fidel Castro firmó la autorización de salida como prueba de la benevolencia revolucionaria, según le reveló el infeliz militar, funcionario de emigración que luego de varias visitas finalmente le entregó los pasaportes. Mi madre localizó a unos tíos que salieron a Miami en 1960, y a través de ellos conseguimos nuestros boletos aéreos.

El 7 de enero de 1964 abordamos un Douglas DC-3 con destino a México y, después de una breve escala en la capital, subimos a otro avión que nos transportaría a nuestro destino final en la Florida.

La aeronave, repleta de turistas norteamericanos, aterrizó a la medianoche en el Aeropuerto Internacional de Miami. Cuando desembarcamos sentimos una frialdad intrusa e inusitada en el aire. El clima en esa área por lo general es cálido, pegajoso, húmedo, pero esa noche el calor tropical se había esfumado y nos recibió un frío penetrante.

El modo en que llegamos, desabrigados y solos, fue el anuncio de todo lo que pasaría en lo adelante. El frío fue calando en mis huesos hasta hacerme temblar. Yo me hallaba aturdido. La idea del destierro iba en contra de mi juramento de vengar el asesinato de mi padre.

Tenía una deuda pendiente con Castro y, con lágrimas en los ojos, me preguntaba una y otra vez cómo iba a saldarla desde la distancia.

—Adrián, ¿qué te sucede? No te deprimas, *mijo*. Tienes toda una vida por delante —dijo mi madre, un poco nerviosa, intentando animarme.

Ambos buscábamos la cara de mis tíos entre la gente en el salón de espera del aeropuerto de Miami. Ante nosotros sólo veíamos desconocidos y un cartel gigante que sostenía un señor donde se leía “Refugiados políticos”.

—Todo bien, vieja, pero deseo estar en Cuba, ese es el problema. No quiero vivir como refugiado —dije con la voz entrecortada, tratando de reponerme.

—No te preocupes, que el Señor nos va a amparar —me explicó ansiosa, buscando entre la gente.

—Yo sé, mi viejita —dije tragándome mis lágrimas, actuando como se esperaba de mí, el niño-hombre de la casa, el que necesitaban fuera y que, sin elegirlo, tuvo que ser para todos.

Ella asintió al verme tragar en seco y cerró sus párpados, también aguados, para esquivar toda conversación sobre volver a Cuba. Esa debería ser la última, o al menos yo no recuerdo ninguna otra charla en la que mencionara regresar, porque para mi madre y mi abuela una infiltración, un retorno, siempre termina en fusilamiento. No tenía interés en inquietarla con mis pensamientos, ni informarle que la gracia de Dios había desaparecido de mi alma.

Entrada la madrugada, sin dinero para taxis ni dirección para indicarle a un chofer, apareció uno de mis tíos en el pasillo del aeropuerto. Mi madre le había hablado desde un teléfono público. Estaba tan nerviosa que sus dedos no

le permitían marcar los números y fui yo quien atinó a poner la moneda y arrastrar el disco una y otra vez hasta comunicar. El tío llegó a rescatarnos un poco tarde, cuando ya todos se habían marchado. Estaban limpiando los pisos de la terminal y la voz de Barbarito Díez salía de una pequeña radio que llevaba, de un lado al otro, el empleado de limpieza mientras arrastraba el aserrín con creolina siguiendo la memorable letra a dos voces. *Ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás...* ¿Dónde estaba ahora?, pensé. Una sensación de tristeza y desubicación me mareó, y vomité en la calle un minuto antes de montarnos en el auto para trasladarnos al humilde apartamento de un cuarto con baño, sala y comedor.

A esas alturas ya no profesaba ninguna empatía por la Iglesia, pero esa vez estuve agradecido. Fue un cura amigo de mi madre quien había alquilado y pagado este lugar para nosotros. Esa primera noche la pasé en el baño vomitando. Sentí como si hiciera un exorcismo de Cuba, sacándola de a poco; entre tirones, náuseas y bucheros amargos la expulsé de mi cuerpo. Al amanecer, un pequeño hilo de bilis con cierta transparencia y fragmentos de sangre fresca me avisaba, amenazante, que no había nada más que devolver, pero que ese nexo sanguíneo permanecería dentro de mí para siempre.

Clareaba y quise acostarme al menos un rato en la única cama de la casa, pero mi madre dormía tranquilamente abrazada a mis tres hermanos. No había lugar para mí, así que fui a la sala y me acurruqué donde pude. Desde entonces no duermo demasiado; sólo me reclino vestido y alerta para intentar descansar.

Las etapas iniciales de la expatriación fueron ásperas y trágicas para el clan Falcón. Como refugiados, el gobierno estadounidense nos ofreció asistencia médica y alimenticia, pero eso no era suficiente para subsistir allí, donde todo cuesta y todo se paga. Como ninguno hablaba inglés, nos

las vimos negras en la escuela, y peor le fue a mi madre buscando empleos.

Ese tiempo fue pésimo para la mayoría de los exiliados cubanos. Cada visita, cada reencuentro con amigos de mi padre, era un verdadero inventario de penurias.

Aureliano, el hermano que me sigue, y yo hicimos de todo al llegar a Miami. Fuimos ayudantes de construcción, pulimos automóviles, vendimos periódicos, desyerbamos patios y pasamos infinitas horas buscando ostiones por todo el litoral Atlántico para negociar ilegalmente y comer en casa. El acuoso y profundo sabor a moluscos y la arenilla propia del ostión me remiten irremediablemente a mis primeros años en Miami.

El itinerario era severo: entrábamos al colegio a las ocho de la mañana y allí nos quedábamos hasta las tres de la tarde, y luego salíamos a trabajar donde se podía, hasta la noche.

El vigor de la adolescencia lo conquista todo, pero en el caso de mi madre fue bien distinto. Su salud se malogró como consecuencia de la inseguridad económica. Se alimentaba mal y trabajaba demasiadas horas. El recuerdo de mi padre y las pesadillas del fusilamiento no la dejaban dormir, la debilitaron. Para colmo, un mes antes de que se cumpliera nuestro segundo aniversario de haber dejado la isla, el menor de nosotros falleció de una complicación pulmonar. Tuvimos que pedir un préstamo, pues no teníamos dinero para el entierro, cosa a la que mi madre siempre se había negado. Nos endeudamos, como suele ocurrir en el capitalismo, y ella no pudo más. Se dio por vencida y poco a poco fue perdiendo su lucidez.

Al tercer año de exilio, todos en la casa menos mi madre ya hablábamos inglés. Aureliano estudió medicina y, en compañía de mi madre, se marchó a California para ejercer su carrera. El otro hermano, Ignacio, estudió magisterio, pero en realidad se hizo músico. Por el camino, una larga y compleja melodía lo alejó de nosotros.

En cambio, yo nunca me vi en una profesión convencional. Desde la ejecución de mi padre me había trazado la meta: reivindicar el apellido y rescatar la soberanía de Cuba. No había tiempo que perder en escuelitas o diplomados. Tierra o sangre. Estaba consciente de mi destino y aprendería lo suficiente para afinar mi cruzada. Como Miami era la guarnición fundamental del anticastrismo externo, ahí cimenté mi base.

En los sesenta, el condado Dade daba la apariencia de ser una aldea rural. Gradualmente, con su trabajo, los emigrantes criollos lo transformaron en una ciudad desarrollada y de comercio continental. Fue en este ambiente de crecimiento, entre expatriados dolidos y trabajadores incansables, que evolucioné. En esa década los emigrantes tenían siempre una maleta dispuesta para su deseo más codiciado: regresar a la isla el fin de año, asar el lechón y celebrar la Navidad. Rumores sobre un golpe de Estado, de atentados, de otra invasión al estilo Playa Girón auspiciada por el Pentágono, iban y venían como el viento. ¿No era acaso este el lugar correcto y el momento indicado para alguien como yo?

¿Quieres hacer reír a Dios? Cuéntale tus planes futuros, decía siempre mi abuela materna.

El tiempo lo deteriora todo, también la pureza de las ilusiones. ¿Qué nos quedaba? Las ruinas filosóficas de una isla depauperada. La cruda realidad del emigrante aplazó el tópico de la libertad de Cuba. Se hablaba de esto en almuerzos o reuniones casuales, pero la realidad es que Castro se consolidaba día a día, sostenido, incluso, por las adversidades que lo cercaban. El embargo fue su "bastión inexpugnable"; se volvió un mago en "convertir el revés en victoria".

Muy pronto supe que no estaba ante cualquier dictador. Él era, además, un hombre hábil, astuto, carismático y sin la más mínima intención de abdicar al control que ejercía.

El desterrado eligió echar raíces fuera, ansiando el suelo natal solo en sueños abstractos. ¿Quiénes nos quedamos al centro de la acción? Una minoría militante, imperceptible y frágil ante lo verdaderamente visible, el poder ideológico de la izquierda. Nuestra única opción fue, en la práctica, recaudar fondos y costear misiones clandestinas. Infiltrar hombres y logística para realizar actos de sabotaje.

El exilio en Miami empezaba a tomarle el gusto a sus playas. Compraron casas y tuvieron hijos a los que llamaron John o Emily. Poco a poco deshicieron las maletas dispuestas para regresar. Definitivamente, los árboles de Navidad se armarían cada diciembre en la Florida. La memoria emotiva era borrada de a poco por el recordatorio de créditos y deudas. Era el momento de anclar en puerto seguro. También allí la lucha por la libertad de Cuba comenzó a ser un acto ilegal.

Los americanos velaban celosamente por la soberanía cubana, mientras nosotros, los guerreros del exilio, nos fuimos marginando como criminales hasta pasar a la clandestinidad. Capitanes como Eloy Gutiérrez Menoyo, Antonio Cuesta, Pedro Luis Boitel y otros miles fueron aprehendidos, torturados y condenados a la pudrición carcelaria. Muchos otros, como mi padre, murieron fusilados en la isla. Vicente Méndez fue apresado y cayó durante un combate guerrillero. Para el rebelde que deseaba liquidar el castrismo, la conflagración era sinónimo de suicidio. Por un flanco, les afectaba la perpetua injerencia de Washington que, a pesar de sus intenciones de desestabilizar al satélite soviético, patrocinaba simultáneamente una política antagónica hacia los insurrectos, desarticulándolos judicialmente e imposibilitándoles la vía independiente. Por otro lado, los debilitaba el constante suministro militar y económico de los rusos hacia una Cuba en vías de construcción socialista. Para colmo, no ayudaba la maldita condición geográfica de un pedazo de tierra flotante, sin fronteras terrestres donde replegarse u organizar una verdadera resistencia.

A nosotros, los sobrevivientes, no nos quedó otro remedio que cerrar filas y estructurar pequeñas células secretas, adiestradas en el arte tenebroso de la demolición. La estrategia de emplear el terrorismo por los caminos del mundo cobró potencia entre los cuadros insurgentes. Fue en esta etapa cuando entré en acción, durante un amanecer oscuro de 1966.

Contacté a un viejo compañero de mi padre quien, al escuchar mi decisión de seguir sus pasos, me introdujo a una de esas mini-organizaciones patrióticas que proliferaban entonces por la Florida. Esta secta, en particular, ejercía una táctica ofensiva de enfrentamientos con todo lo relacionado a la tiranía. Lo mismo atacaba barcos pesqueros cubanos en aguas internacionales que detonaba cargas explosivas contra empresas comerciales vinculadas a Cuba.

De acuerdo con esta línea, me enrolé siguiendo las instrucciones de un veterano. Mi primera misión fue un verdadero éxito: coloqué una bomba en la puerta trasera de una agencia de exportación e importación que comulgaba con el gobierno castrista. Logré hacerlo, para mi sorpresa, sin nervios ni arrepentimientos.

Un rato más tarde me fui a dormir tranquilo. Caí como una piedra en un sueño profundo, algo que no ocurría desde el fusilamiento de mi padre. Mientras desayunaba al día siguiente con la radio prendida, escuché la confirmación del hecho en las noticias. Fue el amanecer más feliz de mi existencia.

Desde entonces y hasta el verano del 69, participé en múltiples hechos similares dentro de la misma organización. En ese periodo, como consecuencia de una pelea callejera, conocí a varios de mis grandes amigos. Juntos formamos parte de una generación valiente y entrañable de patriotas suicidas, los mismos que sembramos una sonada ola de terror a lo largo y ancho de las Américas.

Llegué a París ojerosa y extenuada después de una larga noche de vigilia. Intentaba en vano descansar durante un vuelo de nueve horas que se hizo eterno gracias a la excitación de los turistas franceses quienes, por primera vez, experimentaban el paso de un huracán por el Caribe, acompañado de apagones, desabastecimiento, música, pachanga hecha en casa, mucho calor y demasiado aguardiente.

En el asiento de atrás, un chico pelirrojo ensayaba la clave cubana mientras su voz desentonaba la letra de *Hasta siempre comandante* arrastrando las erres y desvirtuando una melodía que mi subconsciente recita de memoria. La política es parte esencial de nuestro instinto. Cualquier cubano, comulgue o no con el ideal revolucionario, puede seguir su biografía guiado por las letras de la Nueva Trova.

Nuestros cumpleaños, la muerte de nuestros padres o el momento en que conoces al amor de tu vida estará siempre marcado por una canción política, esa que bien puede hablar de combate, trincheras, disparos, deber, desertión o muerte, y que nosotros aprendimos a transpolar leyéndolo como parte de la épica emotiva de tres generaciones.

Hay en nuestro imaginario un nicho irremediablemente ideológico que asfixia con capas políticas tu vida personal.

¿Será posible regresar a ese punto donde solo estabas tú y tus circunstancias?

Este reloj de arena épico irá desmoronándose con el tiempo y me pregunto a dónde irán a parar todas estas canciones, los discursos melódicos que nos sacan las lágrimas a las tres de la madrugada cuando vienen acompañadas de aplausos, vítores y memorables acordes de guitarra

y piano acústico cercanos al jazz, pero, sobre todo, a nuestra memoria afectiva.

No importa tu posición política o el lugar en el que vivas hoy, allí va la melodía colmada de imágenes ajenas. Ahí viene ella, corriendo tras de ti, viaja contigo, te asalta con la necesidad de conmoverte, de tenderle una trampa a tu recuerdo, necesita secuestrar tu yo con un episodio histórico acaecido en las guerrillas, con imágenes de archivo en blanco y negro donde sólo tú te sientes a todo color, muy lejos de ese lugar donde una vez fuiste feliz.

Un poco antes de aterrizar se rindieron los ánimos de los pasajeros y fue entonces que pude conciliar el sueño. Desperté llegando a Charles de Gaulle, atravesé la puerta del avión dando tumbos, reventada de cansancio. Por eso, cuando un agente de la seguridad francesa me vino a pedir el pasaporte, a interrogarme al ver que yo usaba uno distinto, rojo y oficial, no atiné a responderle en mi buen francés que yo pertenecía al servicio diplomático, o al menos, a parte del ejército de protocolo cubano que se mueve dentro del servicio diplomático.

Recientemente los franceses han instrumentado pedir el pasaporte a personas poco confiables justo al bajar de la nave. Quienes superen ese primer tanteo hecho al azar, pueden continuar por los pasillos hasta llegar a inmigración. Como no reconocieron mi documento, fui conducida a una oficina donde, un poco más despierta, logré contestar correctamente a todo lo que se me preguntaba. Aclarado el asunto de quién era y qué hacía allí me llevaron escoltada a inmigración, pasé el control y bajé a rescatar mi maleta que, a esas alturas, daba vueltas sobre la cinta infinita.

Nadie me esperaba, o al menos no identificaba a Paul entre los rostros impacientes, personas que aguardaban nerviosas a sus seres amados, hombres con carteles en varias lenguas, ideogramas, caracteres árabes, figuraciones que intentaba descifrar buscando leer Valia, o tal vez Valentina Villalba.